

**Kimusubi: Principio de Aikido.**

**Trasfondo de paz de las Artes Marciales.**



**Yasunari Kitaura**

## **Kimusubi. Principio de Aikido.**

Aikido, creado por Morihei Ueshiba (1.883-1.969), es, como se conoce hoy universalmente, una de las artes marciales modernas más sobresalientes del Japón, y su fundación es algo posterior a la creación de Judo por Jigoro Kano, mucho más ampliamente conocido y difundido que Aikido.

Jigoro Kano admiró realmente el arte de su colega más joven, Morihei Ueshiba, hasta llegar a decir que “esto es lo que verdaderamente encarna el espíritu del Judo como yo lo concibo”.

Junto con Judo, pero en otro sentido que éste, Aikido ciertamente encarna la esencia del verdadero Budo (Artes Marciales) del Japón.

A diferencia de Judo que, incorporando el sistema de competición prevaleciente en los deportes occidentales, se convirtió en una de las pruebas olímpicas, Aikido no adopta este sistema perseverante en aquella forma tradicional de práctica, que lo aventaja, al menos, en los dos puntos siguientes: el poder conservar la pureza formal y, sobre todo, el poder concentrarse en la esencia, el sentido interior, que es nuestro verdadero tema y que, ante el interés por la victoria a toda costa, podría alterarse, marginarse o eliminarse.

Pero no es únicamente su forma de entrenamiento lo que Aikido conserva de la tradición autóctona, ni mucho menos. A medida que se acumulan nuestras experiencias y se enriquece nuestro conocimiento, quedamos cada vez más maravillados por lo profundo que es el enraizamiento de Aikido en la tradición de Budo y de la cultura en general de nuestro país (Japón), no sólo en su aspecto formal y técnico, sino, también, en el teórico-filosófico y la cosmovisión que lo sustenta. Nos damos cuenta de que lo que fundamenta cada detalle de su sistema técnico y de su modo de desenvolverse no es sino, en lo principal, lo que caracteriza la técnica tradicional de la espada japonesa. A pesar de esto, no obstante, Aikido ha superado admirablemente toda esta tradición al mismo tiempo. Y esto es cierto, más que en ningún otro aspecto, en lo que respecta a su contenido, su espíritu. Aikido no abandona, como su modalidad, la forma de combate: es un arte marcial, es una disciplina de Budo. Sin embargo, no es, en su esencia, un simple arte marcial. Conservando rigurosamente su forma, su disciplina se ha transformado desde dentro, en algo nuevo, diferente. ¿Qué quiere decir esto?.

En Aikido existe un importante aspecto del que carece cualquiera de las artes marciales tradicionales que constituyeron sus fuentes, así como de las modernas, practicadas hoy en el mundo entero (Judo, Karate, Kendo, etc.), es lo que constituye su principio, Aiki, armonizar, o más explícitamente, unificar Ki (energía mental y física). El mismo principio es llamado también –y más técnicamente- Kimusubi, que he preferido utilizar en esta charla.

En comparación con este último término, la palabra aiki tiene un significado más amplio y filosófico. Pero ambos términos son aproximadamente sinónimos. El pensamiento y práctica de resolver el

conflicto por medio de unificar Ki, y no oponiéndolo, es lo que caracteriza fundamentalmente esta disciplina y la distingue de las demás. En lugar de querer aplastar al rival con una fuerza y técnica superiores, trata de unificar el propio Ki con el del otro, estableciendo un vínculo directo entre el propio centro vital, Hara, y el del otro, y así reducir la inicial dualidad a una unidad, a este procedimiento singular llamamos Kimusubi, el establecer el nudo o unión de Ki. Esto, sin embargo, tiene un contenido y proceso muy concreto, real, y, por lo tanto, no tiene nada en común con una vaga metafísica soñadora, o con un romanticismo sentimental, o menos aún, con una hechicería. La realización de este principio, su concreto desarrollo, constituye precisamente el sistema técnico rigurosamente elaborado de Aikido, que nos fascina por su eficacia, riqueza, elegancia, pureza y coherencia.

Consideramos que Aikido pertenece a aquellas pocas actividades humanas que son rigurosamente gobernadas por sus propios principios de proyección universal. Su asimilación aceptable requiere, por supuesto, una práctica asidua y prolongada según el método correcto.

Kimusubi (establecer la unión de Ki), significa que, previendo una fracción de segundo antes el ataque del otro, uno trata de armonizar con él, en lugar de oponerse contra él. No luchar, ni contender. Pero no contender, no solamente no choca con el otro, ni lo daña, sino, al contrario, dócilmente se le adapta y le sigue. Es decir, en este momento desaparece o muere el propio yo, por decirlo así. Sin embargo, en realidad el sujeto que ejecuta esta acción, a primera vista completamente pasiva, de obedecer a la intención del otro, no es sino el propio yo (el Centro vital), firme y decidido del atacado. De modo que éste, por obedecer con docilidad a la energía dirigida del atacante, se convierte en el núcleo dinámico del conjunto. El que domina ahora la situación con absoluto señorío es el atacado. El fenómeno llamado combate, esta especie de vida sumamente activa, gira en torno a él, pero su naturaleza se ha transformado, ya no encierra en su entraña aquella pugna hostil, al contrario, todo emana con serenidad desde el centro. El caos agitado desaparece, y nace un nuevo cosmos armónico.

Esta inversión de la situación no se produce por primera vez al final del proceso, sino al comienzo del proceso, en el instante mismo del contacto entre los dos. En realidad, incluso cabe decir que ella se produce “antes del combate”, anterior a todo proceso combativo que se desencadena en el espacio-tiempo real. Esto es real en el caso de un auténtico experto. Pero muchas veces, en la mano de un inexperto, cae en una fantasía sin fundamento. Por tanto conviene elaborarlo paso a paso en un estudio concreto. Un tipo de ataque, hoy poco habitual, como apretar la muñeca del otro (antano tuvo sin duda su mayor sentido práctico cuando los hombres llevaban armas blancas), pero que en Aikido forma parte de uno de los ejercicios básicos, ofrece un medio excelente para este motivo. Aquí no podemos entrar en detalle, pero una respuesta correcta a este ataque hace que la fuerza agresora quede completamente integrada en la estructura dinámica del agredido, centrada en su Hara, el Centro vital suyo situado en el abdomen inferior. Mediante ejercicios sumamente simples uno puede

experimentar el proceso con palpable claridad. Dentro de la estructura dinámica total o, según la expresión más usada de Aikido, dentro de la corriente global de Ki, la parte apretada se convierte en el conducto del Ki que fluye: el Ki del atacante y el del atacado, que sale del propio centro. Un principiante comienza por aprender junto con la respiración regulada, a crear la firmeza en su centro, al mismo tiempo que a relajarse en el resto (hombros, codos, etc.) con el fin de no obstruir, sino dejar fluir libremente su Ki, con naturalidad. Aquí se ve con claridad el sutil cambio producido en el carácter del combate.

Más que en cómo liberarse de una agresión, su interés se centra en cómo recuperar y procurar mantener la unidad de ki, que hay que dejar fluir y expandirse libremente. La mente, la respiración y el movimiento corporal se asimilan y se hacen uno. El centro de atención claramente se desplaza hacia otro lado que el puramente físico y material, sin que se desconecte de él. La acción ya no es un mero ejercicio físico, sino psíquico o espiritual ya que requiere una mayor concentración y lucidez mental. Sin dejar de ser una actividad intensamente física, la actividad del Aikido adquiere un carácter netamente distinto por ser vista y tratada desde dentro, como un fenómeno energético fluido, como un fenómeno de ki, que por su naturaleza está más cerca de nuestra mente que nuestro cuerpo, y que por tanto se identifica en cierto modo con nuestro ánimo, pensamiento y voluntad, considerados como una fuerza real. Siendo una actividad corporal, Aikido se hace paradójicamente incorpóreo en este sentido. Una preponderancia física queda reducida a segundo término.

Un principiante tiene que atravesar una etapa relativamente larga antes de adquirir este sentido de trabajar con Ki y no con una fuerza muscular. En Aikido no tratamos nuestro cuerpo como una determinada masa con un determinado peso –una de las razones de no acogerse en Aikido al sistema de pesos diferenciados adoptado en otros deportes–, sino como un flujo dinámico, como una vida misma en su estado vivo y activo en su espacio, en su ambiente, donde se encuentran también otras vidas activas. Visto así, un combate se presenta como un esfuerzo de organizar su propia vida en medio de otros flujos vitales y dinámicos. El espacio lleno de flujo vital, y el yo, que es otro flujo vital –la relación de combate se reduce, desde el punto de vista del sujeto interesado, a este esquema esencial–. Por consiguiente, el dualismo, a primera vista irreductible, se reduce a una actividad o vida, fundamentalmente autónoma, en la que participan cada uno a su manera, todos los demás. Lo dicho acerca de una cogida de mano, se aplica exactamente también a otros tipos de ataque, como por ejemplo, un golpe de espada. El cambio que se produce entre las dos formas de ataque, a primera vista grande, se reduce al mínimo cuando son observados ambos fenómenos como flujo de Ki. Su paso no es discontinuo, sino continuo y gradual.

Como acabamos de ver, si una acción llamada “combate” está gobernada desde el principio hasta el fin y en cada instante de todo su proceso por el principio llamado Kimusubi, unión de Ki, se comprende con facilidad que ya no se trata de la superioridad física o técnica lo que

realmente cuenta aquí, entendiendo por “técnica” el sentido usual, o sea, una habilidad mecánica. Para afrontar una puñalada, por ejemplo, nuestro problema real no consiste tanto en elaborar una destreza técnicamente para evitarla – en este caso nunca se establece la unión de Ki-, como en lograr establecer el Kimusubi con este flujo energético. Es una cuestión de percepción y entendimiento, a la vez que de captación y comunicación en un nivel más profundo que en los planos meramente físico, psicológico e intelectual. Es una captación radical, y el cuerpo bien entrenado, responde de forma natural y espontánea a esta captación. Como hemos visto, la atención de un practicante de Aikido se dirige más que hacia fuera, hacia dentro de sí mismo. Pero, con el fin de evitar un malentendido, conviene insistir que él no ignora en modo alguno la seriedad de la situación real de estar frente a un enemigo que le ataca. Pero, lo capta desde dentro, desde su núcleo, su raíz. Lo capta radicalmente. Su captación es esencial, no meramente física o superficial. Y, por otra parte, para realizar esta captación esencial y radical, él mismo tiene que partir de su propia raíz, de su profundidad. Tiene que actuar de forma esencial y radical, de tal manera que antes debe sumergirse en sí mismo, hasta llegar a su estrato más profundo y encontrar allí su último reducto inherente, para poder desarrollar su acción contundente. Una captación radical es únicamente realizable desde el centro. En realidad, al descender hasta aquí, no sólo encuentra su propia fuente de acción, sino también la del otro. Ambas se encuentran aquí unidas. Un mínimo síntoma de cambio en la acción del contrincante se detecta por tanto con transparencia e inmediatez. Y esto no es sino el sentido de Kimusubi.

Una de las actividades más sangrientas y por tanto más reales en el sentido físico y vital como un combate –no nos referimos a una competición deportiva con sus reglamentos, sino a un duelo- se interioriza profundamente de esta manera. Sin embargo, la interiorización se distingue fundamentalmente de una meditación o una oración, o un pensamiento filosófico, por permanecer en medio de una acción violenta llamada combate. Pertenece pues francamente más a la vida activa que a la contemplativa. Comprendemos, sin embargo, al mismo tiempo, que esta acción misma se ha convertido en una especie de meditación, en algo que nos cuesta distinguir de ella. Y de esta manera el combate se ha superado paradójicamente a sí mismo. El Budo ha dejado de ser un acto salvaje y destructor, y se ha hecho creativo y espiritual. Morihei Ueshiba llamó a este Budo creativo “Takemusu Aiki”. La vida activa se ha hecho a la vez contemplativa.

Una vez comprendida esta actitud básica que constituye el principio de Aikido, se comprende al mismo tiempo que ella ya no se restringe a una relación de contienda entre un individuo y otro, o entre uno y múltiples. Trasciende a este nivel en cierto modo trivial, y alcanza una dimensión más importante y general. Pues, lo que es válido en un combate individual lo es también en una relación establecida entre un individuo y el conjunto de su mundo circundante, esto es, la Naturaleza, el Universo. Aquella misma actitud requerida en un combate define igualmente la vida de un hombre ante, y en, su mundo. El problema es,

pues, esencialmente del hombre que se encuentra en su mundo. No la esclavitud o perdición, sino la libertad y plenitud del hombre, por un lado, y su situación armónica en su circunstancia, por otro; estas dos premisas que a menudo se contradicen y nos plantean problemas de difícil solución. Pero, la libertad y plenitud del hombre son únicamente posibles cuando su situación en su circunstancia es armónica, o sea, la última premisa es la premisa de la primera. Y el desarrollo saludable de la circunstancia o del ámbito humano y natural es la premisa de todo lo demás. En definitiva, el proteger y alentar la vida en su ambiente idóneo, en sentido amplio y elevado al mismo tiempo, es lo que se puede considerar la tarea del hombre más necesaria y urgente en este momento. Y esta tarea es justamente la que consideró suya también el creador del Aikido, Morihei Ueshiba.

Pero desde el punto de vista filosófico o epistemológico, Aikido nos ofrece una sugerencia sumamente interesante para resolver un problema serio y difícil: llenar el abismo y realizar una unificación entre el sujeto y el objeto, o entre el yo y el mundo exterior, sin acudir a recursos falsos, como una “proyección subjetiva”. Es un intento atrevido, a primera vista irrealizable, de encontrar una unidad íntima y radical entre el yo y el otro, reconociendo y respetando clara y rigurosamente su objetividad. ¡Y Aikido lo consigue con una ingenuidad y sencillez asombrosas!

IV Jornadas Internacionales de Cultura y Paz.  
Gernika Gogoratuz. Centro de Investigación por la Paz.

Gernika, Abril de 1.994

Yasunari Kitaura